

« — ¡Qué me maten, Sancho, — dijo en oyéndole D. Quijote, —

Si: Roncesvalles, á pesar de que allí habla constantemente la naturaleza el lenguaje del idilio (1); Roncesvalles, que hace doce siglos evoca en todas las almas el recuerdo de aquella dolorosa rota cantada en la *Santa gesta*; es el martirio militar, terrible y glorioso por todo extremo, que sufrió el ejército de Carlomagno el 15 de Agosto del 778; desastre que ha tenido más eficacia poética que todos los triunfos y esplendores del imperio carolingio.

Ciertamente, esa poesía, germánica por sus orígenes, francesa por la lengua, se ha hecho universal por su espíritu. De los *Anales Laurissenses Maiores*, de la *Vida de Carlomagno* (cap. 9), escrita por Eginard (2) á principios del siglo IX, pasó á los *poemas latinos*, á los *cantares de gesta*, á los *romances*, á los *Ecos nacionales*, de Ventura Ruiz Aguilera; al grupo escultórico *La tradición*, original del laureado artista Querol (3).

(1) « Importa mucho, — dice Pío Rajua, — imaginarse las feroces escenas del combate allí mismo donde la naturaleza habla siempre el lenguaje del idilio. Recréase la vista, — añade, — al espaciarse por aquella vasta llanura elíptica, verdeante de árboles y praderas y á la que, de la falda á la cumbre, circundan por todas partes alturas tapizadas de bosque y verde hierba. Allí, en los prados, pae tranquilamente, sonando las esquilas, el ganado vacuno; y en sus cimas triscan las cabras. El eje mayor de la elipse sigue la dirección de la cadena pirenaica, y tiene cinco kilómetros de longitud, el menor tres. Sin duda alguna, se trata del fondo de un antiguo lago. Los que vienen de la llanura navarra topan, en primer lugar, con Burguete, aldea limpia, de unos 400 habitantes, asentada en el llano. Siguiendo hacia el Norte, llégase, tras un recorrido de dos kilómetros, al sitio que lleva propiamente el nombre famoso de Roncesvalles, formado por edificios religiosos, en un tiempo ampliamente hospitalarios por ser lugar poco poblado. Prosiguiendo, se entra el camino por un gran valle, y luego, de repente vuelve hacia la izquierda, por otro en extremo reducido; continuando por él, no hacia el fondo, sino á lo largo, se viene á desembocar en menos de un cuarto de hora, por entre árboles, en el paso de Ibañeta (1057 m.), junto á la capilla de San Salvador, punto desde el que se descubre Francia, hundiéndose, entre erguidas paredes, el valle de la pequeña Nive ó de la Nive de Arneguy. El camino no se abisma en ningún otro sitio y baja directo hacia el Norte á lo largo del lado izquierdo, geográficamente español, todavía por un gran trecho, y de aspecto riente á diferencia del lado opuesto; después de un no breve trascurso, aparece Valcarlos ó Luzaide, lugar digno de mencionarse, con una altura de 300 m., muy atractivo para quien lo contempla desde la cumbre del Altobizcar que se eleva después de más humildes cimas al levante de Ibañeta. »

(2) « Hispaniam quam maximo poterat belli adparatu adgreditur, saltuque Pyri- nei superato, omnibus quae adierat oppidis atque castellis in deditionem acceptis, salvo et incolu- mi exercitu revertitur; praeter quod in ipso Pyrinei jugo Wasconicam perfidiam parumper in redeundo contigit experiri. Nam cum agmine longo, ut loci et angustiarum situs permittebat, porrectus iret exercitus, Wascones, in summi montis vertice positus insidiis (est enim locus ex opacitate silvarum, quarum ibi maxima est copia, insidiis ponendis opportunus) extremam impedimentorum partem, et eos, qui novissimi agminis incedentes subsidio praecedentes tuebantur, desuper incursantes, in subiectam vallem deiciunt, consertoque cum eis proelio, usque ad unum omnes interficiunt, ac directis impedimentis, noctis beneficio, quae iam instabat, protecti, summa cum celeritate in diversa disperguntur. Adiu- vabat in hoc facto Wascones et levitas armorum, et loci in quo res gerebatur situs; e contra Francos et armorum gravitas et loci iniquitas per omnia, Wasconibus reddidit impares. In quo proelio Egghardus regiae mensae praepositus Anselmus comes palatii, et Hruodlandus Britannici limitis praefectus, cum aliis compluribus interficiuntur. Neque hoc factum ad praesens vindicari poterat, quia hostis, re perpetrata, ita dispersus est, ut ne fama quidem remaneret, ubinam gentium quaeri potuisset. »

(3) Obtuvo primera medalla en la Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1887.

si nos ha de suceder cosa buena esta noche! ¿No oyes lo que viene cantando ese villano?

Que en la época en que se escribió el *Don Quijote* perdurase tan triste recuerdo, y que su narración corriera en boca del vulgo, lo acreditan, entre otras, las siguientes citas:

« Domingo era de Ramos,  
La Pasion quieren decir,  
Cuando moros y cristianos  
Todos entran en la lid. »

(*Canc. de Rom.* s. a., f. 229. — *Canc. de Rom.* 1550, f. 244.)

« En Paris está Doña Alda  
.....  
Cartas de fuera le traen...  
Que su Roldan era muerto  
En la caza de Roncesvalles. »

(*Canc. de Rom.* 155, fol. 102.)

En verdad, así los romances primitivos como esa Iliada de la Edad Media en que se celebran las proezas de Roldán y sus esforzadas huestes, muestran que los grandes sucesos históricos experimentan una transformación en la fantasía de los pueblos, sobreviviendo á todo en la memoria de las gentes.

¿Cómo, si no, hubiese llegado hasta nosotros, repitiéndose en las escuelas, la balada que los niños se saben de coro?

« — Cuéntame una historia, abuela.  
— Siglos há que, con gran saña,  
Por esa negra montaña  
Asomó un Emperador.  
Era francés, y el vestido  
Formaba un hermoso juego;  
Capa de color de fuego  
Y plumas de azul color.

.....  
De entonces suena en los valles  
Y dicen los montañeses:  
— ¡Mala la hubisteis, franceses,  
En esa de Roncesvalles!

— ¿Se acabó la historia, abuela?  
— Allí, con fiera arrogancia,  
Los Doce Pares de Francia  
También estaban, también.  
Eran altos como cedros,  
Valientes como leones,  
Cabalgaban en bridones,  
Águilas en el correr.

.....  
De entonces suena en los valles  
Y dicen los montañeses:  
— ¡Mala la hubisteis, franceses,  
En esa de Roncesvalles!

— Sí, oigo, — respondió Sancho; — pero ¿qué hace á nuestro propósito la caza de Roncesvalles? Así pudiera <sup>a</sup> cantar el romance

*a. ...afi pudiera cantar. BR.g.*

— ¡ Me place la historia, abuela!  
 — ¡ Con qué ejército, Dios mío,  
 De tan grande poderío  
 Llegó Carlo-Magno acá!  
 ¡ Cuántos soldados!... No tiene  
 Más gotas un arroyuelo,  
 Ni más estrellas el cielo,  
 Ni más arenas la mar.  
 — ¿ Y qué? ¿ triunfaron?  
 — Dios no los quiso ayudar.  
 El alma les arrancaron,  
 Á sus pies los derribaron  
 Como al roble el huracán.  
 De entonces suena en los valles  
 Y dicen los montañeses:  
 — ¡ Mala la hubisteis, franceses,  
 En esa de Roncesvalles!

— Sigue con la historia, abuela,  
 — Diz que dice un viejo archivo  
 Que no quedó francés vivo  
 Después de la horrenda lid.  
 Y así debió ser, pues vieron,  
 Al sol de estos horizontes,  
 Muchos huesos en los montes  
 Y muchos buitres venir.  
 — ¡ Qué gran batalla!  
 — No fué menos el botín:  
 Banderas, cotas de malla,  
 Y riquezas y vitualla  
 Se recogieron sin fin.  
 De entonces suena en los valles  
 Y dicen los montañeses:  
 — ¡ Mala la hubisteis, franceses,  
 En esa de Roncesvalles! »

1. — *Si, oigo, — respondió Sancho; — pero ¿qué hace á nuestro propósito la caza de Roncesvalles? Así pudiera cantar el romance de Calainos. — Coplas de Calainos, dice el Diccionario, son especies remotas é inoportunas; pero Sancho, que no era diccionarista, lo expresa más claramente con el ejemplo.*

Sobre el moro *Calainos*, señor de Montesclaros y Constantina, que requirió de amores á la infanta Sevilla, la que pidió en arras tres cabezas de otros tantos Pares de Francia, hay el romance que comienza de este modo:

« Ya cabalga *Calainos* — á las sombras de una oliva,  
 El pié tiene en el estribo, — cabalga de gallardia.

de Calainos, que todo fuera uno para sucedernos bien ó mal en nuestro negocio. »

Llegó en esto el labrador, á quien D. Quijote preguntó: « — ¿Sabréisme <sup>a</sup> decir, buen amigo (que buena ventura os dé Dios), dónde son por aquí los palacios de la sin par princesa D.<sup>a</sup> Dulcinea del Toboso? »

— Señor, — respondió el mozo, — yo soy forastero, y há pocos días que estoy en este pueblo, sirviendo á un labrador rico en la labranza del campo. En esa casa <sup>b</sup> frontera viven el cura y el sacristán del lugar: entrambos ó cualquier dellos sabrá dar á vuesa <sup>c</sup> merced <sup>10</sup> razón de esa señora princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso; aunque para mí tengo que en todo él no vive princesa alguna: muchas señoras sí principales, que cada una en su casa puede ser princesa.

— Pues entre esas, — dijo D. Quijote, — debe de estar, amigo, <sup>15</sup> esta <sup>d</sup> por quien te <sup>e</sup> pregunto.

*a. ...preguntó: fabrifme dezir. BR.g.*  
 — ...preguntó: sabreofme dezir. BAR. =  
*b. ...esa cofa frontera. Bow. = c. ...á*

*vuestra merced. Bow. — ...á vuestra merced. MAL. = d. ...amigo era por. FK. = e. ...quien os pregunto. ARG.1., BENJ.*

Mirando estaba á Sansueña, — el arrabal con la villa,  
 Por ver si vería algun moro — á quien preguntar podría.  
 Venía por los palacios — la linda infanta Sevilla;  
 Vido estar un moro viejo — que á ella guardar solía.  
*Calainos* que le vido — llegado á él se había;  
 Las palabras que le dijo — con amor y cortesía. »

Durán dice, á propósito de este romance:

« No sabemos por qué pasa como proverbio el refrán que dice: *Tan malo como las coplas de Calainos*. Lo cierto es que aunque le convienen en mucha parte las observaciones que hicimos en la nota del n.º 367, es, sin embargo, de los mejores en su clase, y aun de otros que pasan por buenos. Su narración es interesante y bastante animada; está lleno de sencillez en muchas partes, á veces bien sentido, y menos lánguido y pesado que otros. Acaso el refrán no habla de este romance, sino de algunas coplas antiguas que nos son desconocidas. Por lo demás, el asunto de este romance, mudados los nombres de sus interlocutores y alterada la escena y las circunstancias, lo es también de un poema italiano impreso á mediados del siglo XVI, con título de *La gran guerra é rotta dello Scapigliato*. Este héroe fué un moro enamorado de Roseta, princesa de Rusia, cuya mano ganó siendo vencedor en una justa; pero que exigió de él, que antes de poseerla le presentase las cabezas de Roldan y de Reinaldos que habían muerto á Gradaso, primo de ella, y á su hermana la gigante Rovenza. El *Scapigliato*, es decir, el *Desgreñado*, en vez de vencer á los dos paladines, queda muerto por Reinaldos, aunque despues de haber vencido grandes batallas contra los pares de Francia. »

— Podría ser, — respondió el mozo. — Y adiós, que ya viene el alba. » Y, dando á sus mulas, no atendió á más preguntas.

Sancho, que vió suspenso á su señor y asaz mal contento, le dijo:  
« — Señor, ya se viene á más andar el día, y no será acertado dejar  
5 que nos halle el sol en la calle: mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad, y que vuesa <sup>a</sup> merced se embosque en alguna floresta aquí cercana, y <sup>b</sup> yo volveré de día y no dejaré ostugo en todo este lugar donde no busque la casa, alcázar ó palacio de mi señora. Y asaz sería de desdichado si no le hallase; y, hallándole, hablaré con  
10 su merced, y le diré dónde y cómo queda vuesa <sup>c</sup> merced esperando que le dé orden y traza para verla sin menoscabo de su honra y fama.

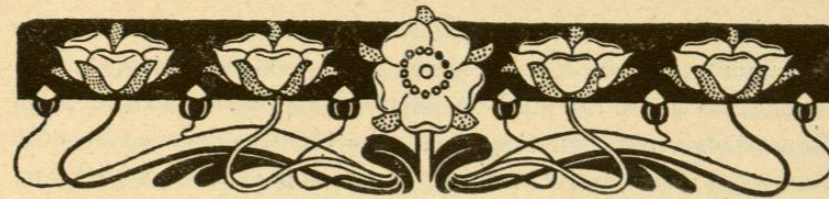
— Has dicho, Sancho, — dijo D. Quijote, — mil sentencias, encerradas en el círculo de breves palabras: el consejo que ahora me  
15 has dado, le apetezco <sup>d</sup> y recibo de bonísima gana. Ven, hijo, y vamos á buscar donde me embosque; que tú volverás, como dices, á buscar, á ver y hablar á mi señora, de cuya discreción y cortesía espero más que milagrosos favores. »

Rabiaba Sancho por sacar á su amo del pueblo, por que no ave-  
20 riguase la mentira de la respuesta que de parte de Dulcinea le había llevado á Sierra Morena; y, así, dió prisa <sup>e</sup> á la salida, que fué luego. Y á dos millas del lugar hallaron una floresta ó bosque, donde D. Quijote se emboscó, en tanto que Sancho volvía á la ciudad á hablar á Dulcinea, en cuya embajada le sucedieron cosas  
25 que piden nueva atención y nuevo <sup>f</sup> crédito <sup>g</sup>.

a. ...que vuestra merced. BOW. — ...que vuestra merced. MAI. — b. ...cercana é yo. BR. — c. ...queda vuestra merced. BOW. — ...queda vuestra merced. MAI.

= d. ...le agradezco y. ARG. 1.º, BENJ. — e. ...dió prisa á. MAI. — f. ...y crédito. V. 3.º, BAR. — g. ...y nuevo capítulo. ARG. 1.º, BENJ.

1. — Podría ser, — respondió el mozo. — Y adiós, que ya viene el alba. » — Sembrado de imágenes y personificaciones, hermosas á cual más, está el lenguaje popular; galanura y riqueza, á la par, en que muy pocos le vencen.



## CAPÍTULO X

Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar á la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos <sup>a</sup>

LLEGANDO el autor desta grande historia á contar lo que en este  
5 capítulo cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no había de ser creído; porque las locuras de D. Quijote llegaron aquí al término y raya de las mayores que pueden imagi-

a. ...verdaderos. Cuenta la historia que. ARG. 1.º, BENJ.

Parodia de los libros caballerescos, Dulcinea, augusta personificación de la hermosura, truécase aquí en ruin vulgaridad de fea y torpe aldeana: no de otra suerte que desapareció, poco há, de los ojos de sus visitantes el suntuoso alcázar de la aldea, convertido en sucia estancia de callejuela innominada.

Pero ¿ha de tenerse, tan inesperado suceso, como caricaturesca imitación de las historias caballerescas? Ciertamente que no. Y ¿cómo, si la impresión que deja en el ánimo es de las más hondas que produce la lectura de la sin par novela? Impresión muy honda, si, porque hasta la disimulada risa del socarrón de Sancho, aun después de dar en el blanco, se nos antoja goce íntimo, pero muy intenso, al ver á su amo tan delicadamente engañado; impresión muy profunda, en verdad, porque aquí es acaso donde con mayor fuerza y burlesco se ríe el destino, como diría Heine, del más desventurado de los caballeros andantes y no andantes.

Línea 7. ...las locuras de D. Quijote llegaron aquí al término y raya de las mayores que pueden imaginarse.—Á otro lugar, dice Hartzzenbusch, corresponde el principio de este capítulo, por afirmarse en él que las locuras de D. Quijote llegaron aquí al término de las mayores que pueden imaginarse, lo cual no es